

# Estampa

Director  
 Propietario:  
 Luis Montiel

Redactor-jefe:  
 Vicente  
 Sánchez Ocaña

Revista Gráfica = Paseo de San Vicente, 18 = MADRID



Una fervorosa bolchevique del Turkestan

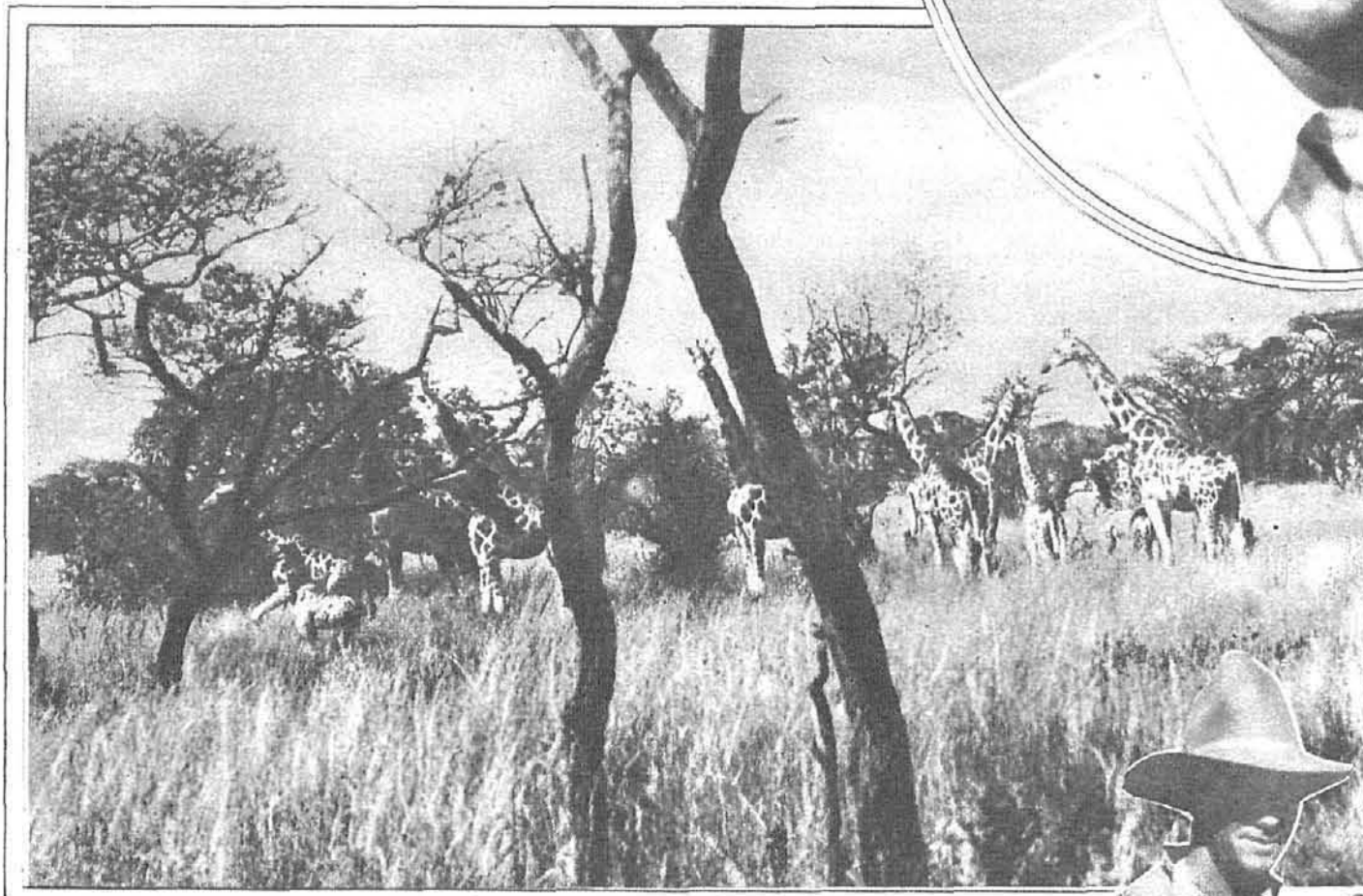
Después de la Revolución, las mujeres han tomado una parte activísima en la vida rusa. No solamente las feministas de la Rusia europea, sino también las que pertenecen al territorio ruso situado en el Asia. Aquí está, por ejemplo, esta

juvenecita turcomana, con su pintoresca mitra y su rueda medieval, ayudando con su esfuerzo a los Soviets. (Más información en las páginas 3, 4 y 5.)

# La lucha contra las fieras El rinoceronte furioso



El famoso explorador Carveth Wells, que realizó un viaje de gran interés científico al Africa Ecuatorial.



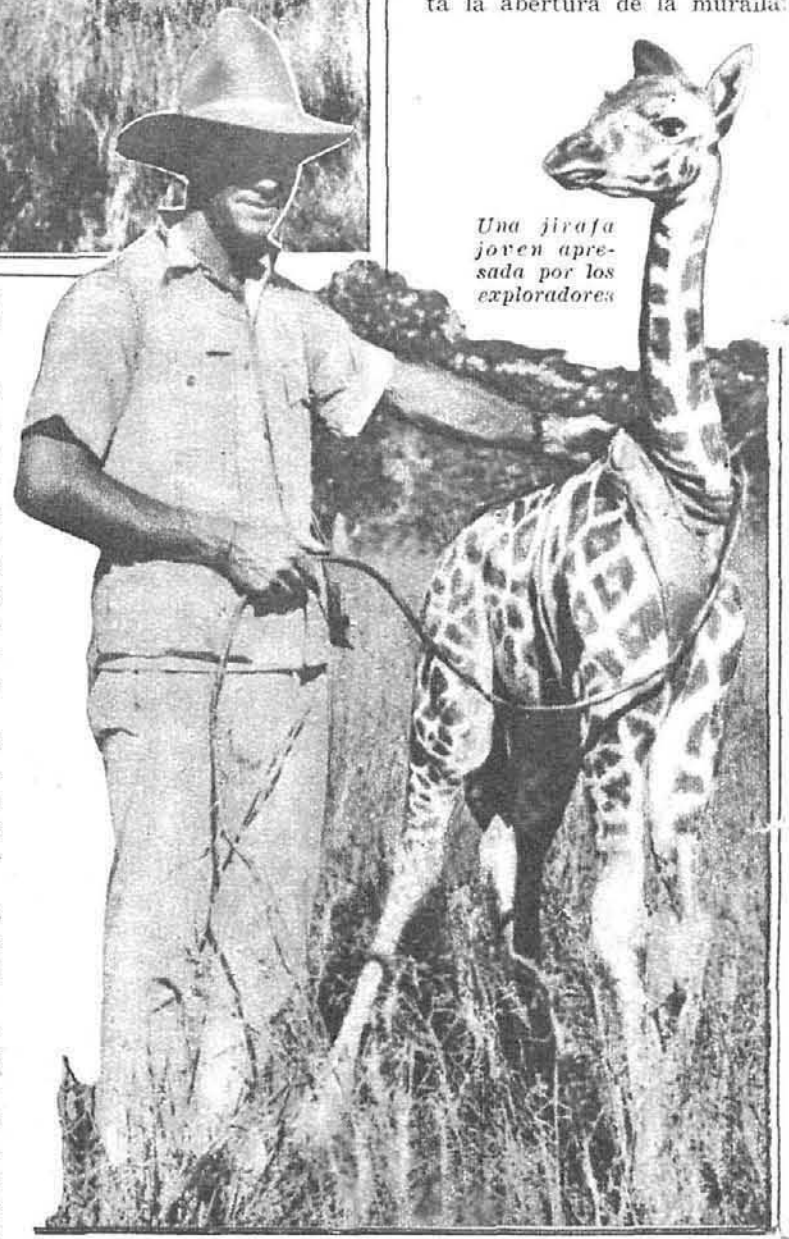
La cámara fotográfica sorprendió este rebaño de jirafas, que se encontraba paciendo en un bosquillo. Unos momentos después los animales emprendían la huida bajo los disparos de los excursionistas

izquierda avanzó hacia el soberano.

Le explicó nuestra nacionalidad y el por qué de nuestra presencia. Después le ofrecimos nosotros, entre grandes reverencias y zalemas, nuestros presentes.

El reyezuelo pareció muy satisfecho y nos acompañó hasta la abertura de la muralla.

Una jirafa joven apresada por los exploradores



DE los bosques del Nilo Azul fuimos a descansar a Khartum.

Era en los comienzos de mayo y no tenía tiempo que perder si habíamos de buscar a las jirafas. A los primeros de junio comenzaría la época de las lluvias, que como es sabido no cesan ya hasta octubre. De modo que así que repusimos los elementos necesarios, Carveth Wells dispuso la partida.

Como yo no había podido cazar jirafas hasta el presente, acepté con júbilo la decisión del explorador.

El 10 de mayo comenzamos a remontar el Nilo Blanco.

En el Obei abandonamos las piraguas para seguir la ruta de las caravanas que se internan en el desierto.

A nuestro paso pudimos ver los poblados de chozas circulares con el techo en forma de sombrero chino y las paredes de tierra amasada o de esteras. Estaban estas rudimentarias ciudades protegidas por una alta muralla de tierra sin más que una abertura en cada lado para salir. No ceñían las chozas, sino que abarcaban un espacio grande de terreno destinado, al cultivo y al ganado.

Wells me propuso visitar una de estas ciudades de los baggaras. Se envió un parlamentario y, concedido el permiso, fuimos conducidos a la plaza central del poblado.

Los tejados de las chozas eran de hierba, de cañas o de hojas secas de palmera. Descansaban sobre una pértiga clavada en el centro y en el interior sólo vimos unas pieles de animales y algunos utensilios de cocina. Eran éstos, una caldera, un mortero y una o dos jarras de barro. No tenían más lecho que el suelo, aunque en algunas chozas vimos una especie de diván circular.

El reyezuelo de la tribu nos aguardaba en la plazoleta central. Fuimos conducidos a su presencia por un grupo de fuertes guerreros armados de lanzas, espadas cortas y pintarrajeados escudos.

A diez pasos de distancia nos detuvimos. El tiranuelo aparecía sentado bajo la copa frondosa del árbol de la muerte.

Era un gigantón barrigudo y reluciente, sin más indumento que múltiples filas de collares, abrazaderas de plumas en los tobillos y altas plumas sujetas a la cabeza.

El intérprete se arrojó al suelo y arrastrándose sobre el vientre y arañando la tierra con la mano

Ya en el campo abierto, el guía nos explicó el absoluto poder de aquel hombre sobre toda la tribu. Era dueño de vidas y haciendas y poseía quince mujeres que no vivían con él, sino en chozas distintas, considerándose como independientes las que tenían más de cinco hijos.

Para casarse era necesario el permiso del tiranuelo.

A pesar de todo su poder, había una cosa a la que no podía faltar. Todo le pertenecía, de todo podía disponer; sólo lo que llamaríamos la constitución tácita, era inviolable. Si faltaba a lo acordado, la tribu entera se lanzaría sobre él para aniquilarle.

LAS JIRAFAS

El camino de las caravanas seguía hacia el Fascher. Nosotros nos encaminamos hacia el Sur, dejando a nuestra espalda Um Shanga. Comenzaban los bosques de acacias y mimosas. Más al Sur, en el Bhar el Gharal, estaban los bosques frondosos poblados por elefantes, leones, leopardos, antílopes y reptiles venenosos.

En el campo abierto a la sombra de las achaparradas acacias levantamos nuestras tiendas.

Muy de mañana, preparadas nuestras armas, nos lanzamos por la llanura.

Llevaríamos andadas unas tres o cuatro millas cuando Wells se detuvo.

—¿No ve usted?

—Miré ansiosamente.

—No. No veo nada de particular.

—Las jirafas.

—¿Pero dónde?

—Ahí, en el bosquecillo de mimosas.

No podía distinguirlos y se me hacía muy extraño que animales que alcanzan cinco y aún ocho metros de altura pudieran pasarme desapercibidos.

Veía, sí, una confusión de troncos de los árboles y sus copas entrelazadas. Pero nada más.

Wells me apresuraba:

—¡Vamos! ¡Disponga su rifle!

—¿Pero si no veo nada!

—Mire bien. Aquellos troncos pardos que se afinan al llegar a tierra son las patas. Vea el cuello y la cabeza sobre las ramas.

Era cierto. Las jirafas se confundían con las mimosas de un modo increíble.

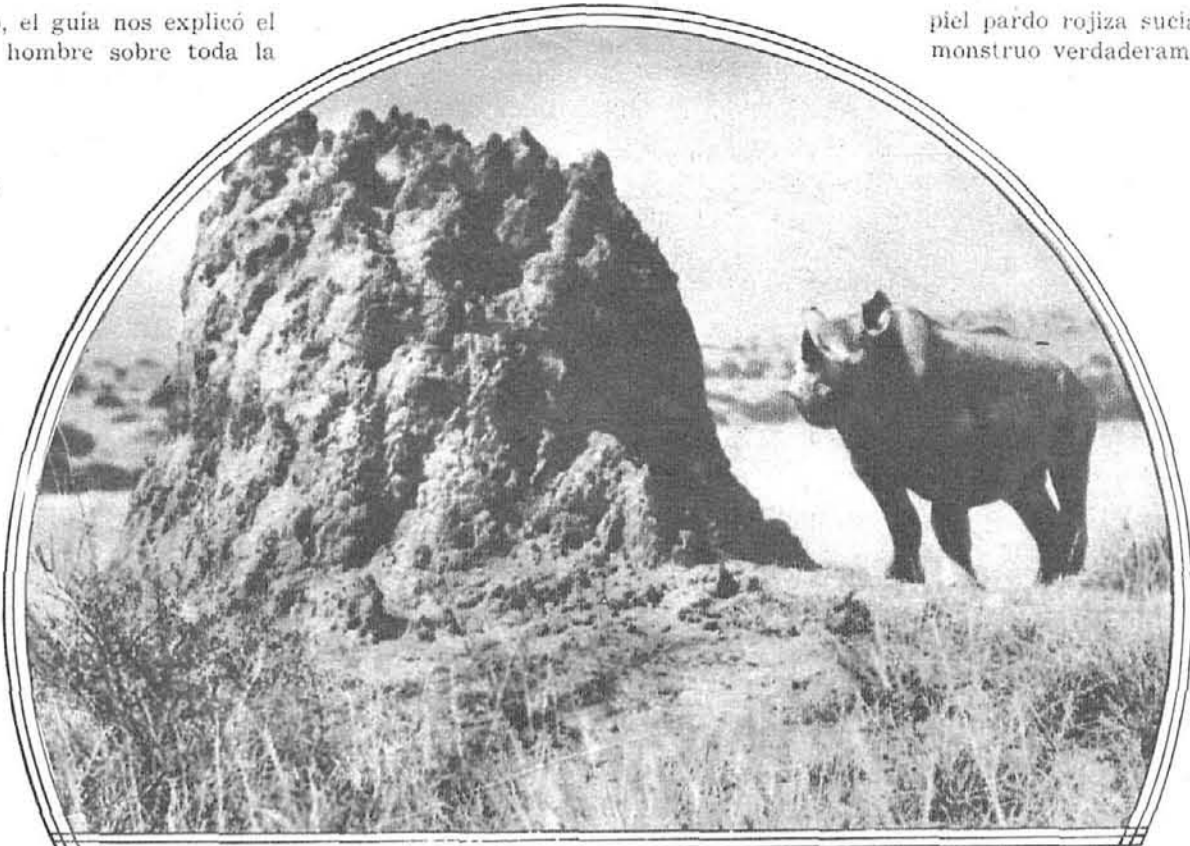
Disparamos a un tiempo.

El rebaño—unas seis o siete—se puso en fuga. Era cómico ver correr a las jirafas, que avanzan a un tiempo los remos del mismo lado, imprimiendo a su cuerpo y cuello un balanceo ridículo y grotesco.

Alguna debía ir herida, pero no escuchamos ni un grito ni un berrido. Nada. Las jirafas son absolutamente mudas. Descansamos, lamentando la mala puntería.

EL RINOCERONTE

Caminamos aún por espacio de dos horas. Al salir de un bosquecillo vimos frente a nosotros



El animal contempla atentamente el gigantesco hormiguero; para embestirle después con formidable ímpetu hasta dejarlo convertido en una nube de polvo.

y como a quinientos metros una especie de castillo de tierra, como de dos a dos metros y medio de altura. Parecía una roca trabajada por el mar.

—Qué extraño pedrusco—dije yo.

—Es un hormiguero. Vamos a verlo.

Inesperadamente, por detrás del gigantesco hormiguero, apareció un rinoceronte.

Nos arrojamos a tierra, listas las armas y con el corazón oprimido por el inesperado encuentro.

La terrible bestia, con los cuernos característicos sobre el hocico y los duros pliegues de su

La formidable bestia, con sus cuernos sobre el hocico y su piel sucia y rugosa, se aparece como un monstruo apocalíptico.



piel pardo rojiza sucia, se me apareció como un monstruo verdaderamente apocalíptico.

—Quietos—dijo Wells.

El animal no parecía haberse dado cuenta de nuestra presencia.

Alargó su morro prolongado y olfateó el trémulo hormiguero. Le oímos resoplar sonoramente. Sin duda las hormigas se le habían introducido por la nariz.

Retrocedió unos pasos sin dejar de resoplar y zarandear la recia cabeza y embistió, al cabo, contra la falsa roca.

Una espesa nube de polvo nubló el cielo.

Cuando se deshizo, vimos al animal que, con patas y trompa, deshizo el hormiguero.

Su berrido llenaba el espacio. Toda su fuerza, toda su corpulencia no era bastante contra aquellas débiles hormigas rojas que le cosquilleaban en la nariz.

—Prepárese usted.

Puede atacarnos. Apunte al brazuelo o a los ojos. Pero no dispare más que en último trance.

El rinoceronte, pateaba bramando, y yo, tendido sobre la hierba le encañonaba con toda la atención que el momento requería. De pronto, un grito de Wells me hizo incorporarme.

El indígena que transportaba nuestro bagaje luchaba silenciosa y desesperadamente con un gran reptil que le enlazaba las piernas.

—¡A tierra!—me ordenó Wells.

Pero era ya tarde. El rinoceronte, enfurecido, me miraba avanzando paso a paso.

Wells, con el cuchillo en la diestra, se lanzó a la defensa del guía que demandaba auxilio, sin pensar en la bestia que se acercaba.

—No le pierda de vista. Al ojo—me dijo Wells.

El guía tenía apretada la garganta de la serpiente.

Mi amigo, de un salto, se arrodilló junto a él y con su cuchillo partió, de furibundos tajos, el cuerpo del reptil; pero en este momento, el rinoceronte, dando un fuerte berrido, se lanzó como una tromba hacia mí.

De un salto esquivé la embestida.

—¡Al brazuelo!—me gritaban.

Pero yo no podía disparar; con el rifle en la mano esquivaba las arremetidas del rinoceronte.

Sonó una detonación y luego muchas más.

La bestia, furiosa, se revolvió contra Wells y el guía libre de la serpiente, hacía fuego con su rifle de repetición.

Wells esquivó el cuerpo, pero el indígena, tropezó en algo, no tuvo lugar a la huida y le vi ascender por el aire con los brazos abiertos.

Nuestros disparos derribaron a la fiera. Pero era tarde para nuestro guía. A dos pasos del rinoceronte, yacía su cuerpo deshecho por el golpe que le había desgarrado todo el pecho.

T. ROOWD

(Fotos Report 215.)